HARLEQUIN®

Deseo®



La joya de Texas

Barbara Dunlop

Deseo®

La joya de Texas

Barbara Dunlop

HARLEQUIN®

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Hermosilla, 21
28001 Madrid

© 2006 Barbara Dunlop. Todos los derechos reservados.
LA JOYA DE TEXAS, Nº 1457 - 31.5.06
Título original: Thunderbolt Over Texas
Publicada originalmente por Silhouette® Books

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, Harlequin Deseo y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8134-0
Editor responsable: Luis Pugni

Capítulo Uno

La mayoría de la gente adoraba una buena boda.

Cole Erickson las odiaba.

No es que tuviera nada en contra de la alegría, el júbilo y el «felices para siempre». Pero los vestidos blancos, las tartas de siete pisos y los ramos de rosas le recordaban que había fallado a innumerables generaciones de Erickson y roto unos cuantos corazones de paso.

Así que, mientras sonaba el himno en la iglesia de Blue Earth Valley y su hermano Kyle, con su nueva esposa, Katie, bajaban del altar, la sonrisa de Cole era forzada. Tomó del brazo a la dama de honor y siguió a la feliz pareja.

Afuera esperaba todo el pueblo para lanzar confeti y pompas de jabón sobre los recién casados.

Alguien puso en la mano de Cole una botella de mezcla de pompas anaranjada. Emily, la pecosa dama de honor, soltó su brazo y se unió a los que lanzaban la cascada de burbujas.

La abuela Erickson se situó junto a Cole. Rechazó la solución jabonosa que le ofrecía y tiró un puñado de confeti sobre los escalones de madera.

–Cobran doscientos dólares extra por la limpieza –comentó.

–Sólo se hace una vez en la vida –replicó Cole.

–Tenía intención de hablarte de eso.

–Abuela –advirtió Cole, consciente de que se avecinaba una perorata.

–Melanie era una chica agradable.

–Melanie era una chica fantástica –afirmó él.

–Y lo estropeaste.

–Así es –Cole no iba a discutir. Había querido a Melanie. Todo el mundo la quería. En ella no había nada mezquino o egoísta y cualquier hombre del planeta habría sido afortunado casándose con ella.

El problema era que Cole sí pecaba de mezquino y egoísta. Era incapaz de ser un esposo entregado que satisficiera los caprichos de una mujer, cambiara de hábitos, de corte de pelo o de color de ropa interior a gusto de otra persona.

En definitiva, no había posibilidad de que se casara en un futuro previsible. Y eso dejaba un gran problema en sus manos. Un problema de novecientos años.

–No te estás haciendo más joven –dijo la abuela.

–He estado pensando –dijo Cole, mientras Kyle y Katie subían a la limusina que los llevaría de vuelta al rancho y a la recepción en el jardín.

–Ya iba siendo hora –rezongó la abuela.

–Creo que el Rayo del Norte sería un regalo de boda perfecto para Kyle y Katie.

Incluso en medio de la cacofonía de gritos y adioses que los rodeaba, Cole captó el silencio atónito que se hizo a su lado. Sabía que era una herejía sugerir que el antiguo broche familiar fuera al segundo hijo. Pero Kyle era la opción lógica.

Cole ya había dejado la casa principal. Se había instalado en la vieja cabaña que había junto al arroyo para que Kyle y Katie tuvieran intimidad. Pronto sus hijos ocuparían la segunda planta y Kyle se convertiría en el patriarca de la siguiente dinastía Erickson. Y el Rayo del Norte era, sin duda, una posesión dinástica.

–Estás sugiriendo que dé al traste con novecientos años de tradición –dijo su abuela por fin.

–Sugiero que respetes novecientos años de tradición, Kyle y Katie tendrán hijos.

–Tú también.

–No si no me caso.

–Por supuesto que te casarás.

–Abuela, tengo treinta y tres años. Melanie fue mi mejor oportunidad. Dale el broche a Katie.

–*Tú* eres el mayor.

–Olav III estableció esa regla en 1075. Muchas cosas han cambiado desde entonces.

–Las cosas importantes no.

–Despierta. Estamos en el siglo XXI. Hasta la familia real británica está planteándose dar igualdad a las mujeres en la línea de sucesión.

–No somos la familia real británica.

–Gracias a Dios. Odiaría tener el peso de las joyas de la corona sobre mi conciencia.

Su abuela puso los ojos en blanco al oír la irreverencia. Empezó a bajar las escaleras y, automáticamente, Cole le ofreció el brazo.

–Que seas demasiado vago para buscar esposa…

–¿*Vago*?

–Sí, Cole Nathaniel Walker Erickson –alzó la barbilla para mirarlo–. Vago.

–Razón de más para no confiarme el tesoro familiar –Cole intentó no reírse de la ridícula acusación.

–Razón de más para utilizar una picana contigo.

–Ay –se apartó–. Abuela, me dejas atónito.

–¿Atónito? Sí que lo estarás. Recibirás una descarga de miles de voltios si no mueves el trasero y buscas otra novia –su expresión se suavizó y le dio una palmadita en la mejilla–. Eres mi nieto y te

adoro, pero alguien debe obligarte a enfrentarte a tus debilidades.

–Soy un caso perdido, abuela –dijo él, sincero.

–La gente puede cambiar.

–Yo no –repuso él. Se detuvo junto al coche y le abrió la puerta, mirando sus ojos azules.

–¿Por qué no?

–Les hago llorar, abuela –confesó él. Si quería su apoyo, tenía que ser honesto con ella.

–Eso es porque las abandonas.

–Ellas me abandonan a mí.

–Las abandonas emocionalmente –la abuela movió la cabeza y sonrió–. Luego ellas te dejan físicamente.

–No puedo cambiar eso.

–Sí puedes.

–Dale el broche a Kyle. Es la decisión correcta.

–Busca una esposa. Ésa es la decisión correcta. Al final me lo agradecerás.

–¿Felicidad conyugal?

–Felicidad conyugal.

–Eso lo dice una mujer que una vez tiró la ropa de su esposo desde una ventana del segundo piso –farfulló Cole, sin poder evitar una sonrisa.

–Sabes muy bien que esa historia es una desvergonzada exageración –protestó su abuela.

–Pero admites que varios trajes de hombre acabaron desparramados por el jardín.

–No admito nada similar, Cole Nathaniel –lo miró con desdén–. Insolente.

–Siempre.

–Eso te viene de tu madre. Que en paz descanse.

–El Rayo sería un regalo de boda perfecto –insistió él, ayudándola a subir al coche.

–Lo será –se estiró la falda sobre las rodillas–. Sólo tienes que buscarte una esposa.

–Eso no va a ocurrir.

–¿Necesitas ayuda?

El cerebro de Cole se quedó paralizado un segundo.

–Abuela…

–Vamos a llegar tarde a la recepción –sonrió ella, poniendo las manos sobre el regazo.

–No te atrevas.

–¿Atreverme a qué? –lo miró con inocencia.

–No te atrevas a intentar emparejarme.

–¿Con quién?

–Abuela.

–Cierra la puerta, querido. Vamos retrasados.

Cole abrió la boca para hablar, pero volvió a cerrarla. Su abuela había heredado la tozudez y tenacidad de sus ancestros. Lo sabía bien, porque él era igual.

Cerró la puerta, maldiciendo entre dientes. No serviría de nada seguir discutiendo. Pero si las chicas más guapas de Wichita Falls empezaban a desfilar por el rancho, se iría a montar toros a Canadá.

A Sydney Wainsbrook, Conservadora de Propiedades Culturales, se le contrajo el estómago y se le disparó el nivel de adrenalina al ver a Bradley Slander cruzar el vestíbulo del Museo Laurent de Nueva York. Llevaba una copa de champán en la mano y esbozaba esa sonrisa taimada que hacía que sus ojos marrones pareciesen aún más pequeños y rateros de lo habitual.

–Mejor suerte la próxima vez, Wainsbrook –farfulló. Echó la cabeza atrás y tomó un trago. Su nuez subió y bajó y sonó los labios con satisfacción exagerada.

Podía sentirse satisfecho. Acababa de ganarla al pujar por una antigua campana de oro coreana, ganándose una cuantiosa comisión y convirtiéndola en posesión de un coleccionista privado, en vez de un museo público.

Era la tercera vez ese año que la vigilaba como un buitre mientras ella hacía el trabajo. La tercera vez que aparecía en el último segundo y arruinaba su trato.

Sydney no tenía nada en contra de la competencia. Y entendía que el propietario tenía derecho a vender su propiedad al mejor postor. Lo que la irritaba era que Bradley seguía a sus contactos y hacía tasaciones al alza para convencerles de que subastaran. Después pujaba muy por debajo de lo que había tasado, decepcionando al propietario y privando a la comunidad de importantes piezas de su historia.

–¿Cómo consigues dormir por las noches? –preguntó ella, hiriente.

–Veamos –Bradley se apoyó en una columna de mármol–. Paso una hora en el jacuzzi, tomo una copa de coñac Napoleón, escucho un poco de jazz y luego me meto en mi lujosa cama y cierro los ojos. ¿Y tú?

–Yo fantaseo contigo y ese hacha de ahí.

–Me gusta ser parte de tus fantasías, nena.

–¿Ah, sí? El hacha gana. Tú pierdes.

–Podría merecer la pena –sonrió con lascivia.

Sydney se estremeció. Tomó un sorbo de champán, deseando que fuera whisky. Llevaba un largo periodo de sequía, pero no se plantearía una relación sexual con Bradley aunque fuera el último hombre del mundo.

–Dime. ¿Qué viene ahora? –Bradley soltó una risita y ella alzó una ceja interrogativamente–. En tu

lista. ¿Qué vamos a buscar ahora? Tengo que admitirlo, Wainsbrook, eres mi pasaporte a la fama.

–¿Debería enviarte mis notas por correo electrónico para ahorrarte trabajo?

–Lo que te resulte más conveniente.

–Lo más conveniente sería que metieras la cabeza en un agujero oscuro y no la sacaras en mucho tiempo.

–Sydney, Sydney –cacareó él–. Y yo que les digo a mis amigos que eres toda una dama.

–El infierno se habrá helado antes de que te dé información voluntariamente.

–Como quieras –alzó los hombros con indiferencia. Después se inclinó hacia ella–. Tengo que admitir que la persecución me excita.

Sydney apretó los dientes, deseando darle un hachazo. Estaba a prueba en el Museo Laurent, debido a su falta de productividad ese año. Si Bradley le robaba un hallazgo más, se quedaría sin trabajo. Su jefe lo había dejado muy claro tras la subasta de esa tarde.

Necesitaba sitio para maniobrar. Tenía que alejarse de Bradley, quizá incluso abandonar el país. Ir a México, a Perú, o… Francia. Controló la sonrisa que empezaron a formar sus labios.

–¿Ves? –ronroneó Bradley–. A ti también te gusta el juego. Lo sé.

Sydney lo miró asqueada.

–Hasta la próxima –él alzó la copa vacía en un brindis burlón.

–La próxima –masculló Sydney, que no tenía intención de que la hubiera. Las posibilidades de que Bradley la siguiera a otro continente eran remotas, y eso le daba posibilidades de buscar el Rayo del Norte.

Contaba con tres años de notas de investigación sobre el legendario broche, incluyendo evidencia creíble de que había sido bendecido por el Papa Urbano V.

Forjada por el rey vikingo Olav III, en 1075, la joya había participado en batallas y surcado mares. Algunos decían que se había utilizado como garantía para fundar el convento de las Hermanas de la Beneficiencia de La Roche.

La mayoría opinaba que era una leyenda, pero Sydney sabía que existía. En algún ático. En un joyero. O en una caja de seguridad. Incluso si sólo eran ciertas la mitad de las historias que se contaban, el Rayo tenía una notable capacidad de supervivencia.

Y si había sobrevivido, encontraría su pista. Y si encontraba la pista, encontraría la joya. Y se *aseguraría* de que se quedara en el Museo Laurent, aunque tuviera que atar a Bradley Slander para impedirle pujar.

La vida mejoraba para Cole. Había pasado los últimos tres días en una subasta de ganado en Butte, Montana, y había comprado una belleza de yegua, llamada Sueño Nocturno.

Aunque no estuviera en situación de producir el siguiente grupo de herederos Erickson, sí produciría caballos de primera. Eso también contaba.

Cole dejó la bolsa de viaje en el suelo y cerró la puerta de una patada. Tenía que sacarse la voz de su abuela de la cabeza. Habían pasado meses desde la boda. Él no era un semental y ella no podía hacer que se sintiera culpable.

Sacó la cafetera y puso café. En cuanto Katie estuviera embarazada, volvería a hablar del Rayo. Si

Olav III podía iniciar una tradición, Cole I podía cambiarla. Llenó la cafetera de agua y encendió el gas.

Oyó un motor de cuatro cilindros y se asomó a la ventana. Su familia utilizaba camionetas de ocho cilindros, todo el mundo las utilizaba en el valle.

Se apoyó en el sofá de cuadros y observó al pequeño deportivo detenerse bajo su roble. No reconocía al coche, pero cuando vio un fino tobillo y una esbelta pantorrilla asomar por la puerta del conductor, dejó de importarle.

Salió al porche justo cuando una columna de vapor salía de debajo de la capota y un chorro de agua caía por la rejilla. El motor gorgoteó un par de veces y se paró.

Otra bonita pierna siguió a la anterior. La esbelta mujer media alrededor de uno sesenta y siete. Llevaba una estrecha falda color marfil y chaqueta a juego. Una espesa melena color caoba caía sobre sus hombros. Tenía las mejillas sonrojadas y piel perfecta. No llevaba el tiempo suficiente en el valle para llenarse de polvo.

Sonrió, mostrando unos dientes blanquísimos y se subió las gafas de sol. Cole tragó aire.

–Hola –saludó con la mano, tropezó en el suelo desigual y se equilibró rápidamente. Él bajó los tres escalones para ofrecerle el brazo–. Gracias –dijo ella, agarrándose a su antebrazo desnudo.

Él sintió una corriente eléctrica que llegó hasta el hombro. Se aclaró la garganta.

–¿Problemas con el coche?

–No creo –replicó ella mirando el vehículo con el ceño fruncido.

–¿No? –él alzó una ceja.

–¿Por qué? –parpadeó y lo miró con ojos verdes como joyas–. He llegado aquí sin problemas.

Él miró sus ojos, preguntándose si llevaba lentillas de color. Pero parecía que no. Los ojos eran suyos, igual que el seductor cabello y los oscuros labios.

–Creo que está recalentado –dijo él.

–¿Entiendes de coches?

–Algo –replicó él, estirándose.

–Eso está bien –contestó, sin dejar de mirarlo a los ojos y pasándose la lengua por el labio inferior–. Yo suelo utilizar taxis.

–Imagino que no eres de por aquí –era un comentario estúpido. Si viviera cerca de Blue Earth Valley, Cole la habría visto antes.

–Soy de Nueva York.

–¿La ciudad?

–Sí –soltó una risita suave y a Cole se le aceleró el corazón–. La ciudad.

–Maldición –dijo él cuando llegaron al porche y oyó un fuerte siseo. El café.

–¿Qué?

–Espera –subió los escalones de un salto, cruzó la cocina y apartó la cafetera del fuego.

–¿Has quemado el café? –preguntó ella, a su espalda.

–Eso me temo –limpió el café vertido y se enjuagó y secó las manos. Le ofreció una–. Cole Erickson.

–Sydney Wainsbrook –le contestó, con una sonrisa deslumbrante. Le dio la mano y Cole sintió una descarga eléctrica aún más fuerte.

–¿Quieres que eche un vistazo al coche?

–Preferiría que me ofrecieses una taza de café.

–Estará fatal –advirtió él.

–Soy dura –alzó los hombros levemente.

–Seguro –rió él, observando su elegante imagen.

–Eh, soy de Nueva York.

–Esto es Texas.

–Pruébame.

Cole se mordió él labio. No. No iba a morder ese anzuelo. Los ojos de ella chispearon divertidos.

–Ahí me la he buscado, ¿eh?

–¿Buscado qué? –preguntó él con expresión neutra.

–No te preocupes de herir mi sensibilidad –se acercó a la estantería y agarró dos tazas–. Sírveme café.

–Sí, señora.

Sydney pasó la mano por el borde de la taza. Incluso para una neoyorquina, el café era terrible. Pero estaba bebiéndose hasta la última gota. Solo.

Tenía que hacerle ver a Cole que iba en serio, porque parecía un tipo capaz de pisarle el cuello si parpadeaba. Era un hombre grande, todo músculo y tendones bajo una gastada camisa de cuadros. La llevaba arremangada y sus antebrazos eran fuertes y nervudos. Tenía cabello espeso, mandíbula cuadrada, la nariz un poco torcida y expresivos ojos color cobalto, muy sensuales.

Iba a ser un reto. Pero todo lo que tuviera que ver con el Rayo del Norte sería un reto. La habría decepcionado que no fuera así.

–¿Qué te trae a Blue Earth Valley, Sydney Wainsbrook?

Ella sonrió, cada vez más contenta con su audaz plan. El hombre era un sueño hecho realidad; era un misterio que aún no lo hubiera atrapado otra mujer.

–Tú –replicó.

–¿Yo?